

—Jamás te amó, Eugenia, jamás. ¿No le oías suspirar siempre por su perdido amor? ¿No le dedicabas tus pensamientos, su lira?

—Mas no era yo entonces tan desgraciada como ahora.

—Pues renunciemos en buen hora á todo proyecto. Ellos se amarán. Sean, sean, felices. Su vida será un sueño; su muerte el despertar á la eterna vida.

—No me atormentes.

—Gozarán juntos la admiración de las gentes.

—Me vuelvo loca.

—El dirá que su inspiración es María, que su idea es María, que María es su cielo.

Eugenia sollozaba.

—Y tú insensata devorarás en silencio tus lágrimas, tus dolores.

—No, no, no puede ser.

—Y sus palabras de felicidad, de amor resonarán en tus oídos como un eco del infierno, mientras ellos las creeran cánticos de los cielos.

—Eusebio. No puedo tolerar que así me asesines.

—No te asesino yo; te asesina la verdad.

—Pues opongámonos, opongámonos á su triunfo.

—Así te quiero. Tus facciones fueron creadas para la ira. Tu rostro resplandece con sin igual hermosura, cuando refleja odio.

—¿En qué piensas?

—¿Qué tú me lo preguntes! El drama se pondrá en escena. Pero será silbado.

—¿Santo cielo! Es matarle.

—¿No era su abandono tu muerte?

—¿Y me abandonó!

—No le dijiste un día y otro día que sin él no te era dable gustar felicidad, ni en la tierra, ni en el cielo.

—¿Y me dejó!

—Pues si vincula sus esperanzas en el arte; si ha puesto su amor en la gloria; si espera ansioso atravesar el límite de los tiempos, y vivir con la vida del genio en la inmortalidad; levántate, y destruye y anonada y aniquila su ambición como él destruyó, aniquiló y anonadó tu ventura.

Eugenia levantó ambos brazos al cielo en señal de desesperación. Pero calmándose, como quien ha tomado una suprema resolución, dijo:

—¿Y qué piensas?

—Vengarte, y vengarme.

—¿Tú también quieres vengarte?

—Sí.

—¿Qué agravio te infirió?

—Oh! Un día, que nunca olvidaré; hirió, con alevé mano mi rostro, robándome el honor.

—¿Y no le desafiaste?

—Dejemos esto.

—¿No le desafiaste?

—No es bien recordar pasadas historias.

—Prosigue.

—Hemos de conspirar contra su reputación, contra su nombre.

—Bien.

—Tomaremos todo el teatro la primer noche....

—Oh! Comprendo, comprendo tu intención.

—Y todos, todos silbarán, y caerán en el suelo sus esperanzas...

Eugenia dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿En qué piensas?

—Pienso que somos muy perversos.

—Ahora caes en eso.

—Pienso que no debíamos haber nacido.

—No fue culpa nuestra.

—Pienso que mañana tal vez nos perseguirá el remordimiento.

—Para tener remordimientos, precisa tener conciencia.

—Y nosotros no la tenemos.

—Eugenia, Eugenia. Ya veo que vas á parar en devota.

—No. En loca pararé.

—Abandona esos desvarios.

—El crimen, el crimen ha embriagado mi alma. En medio de las tormentas de la vida... yo veo lucir el bien. A pesar de mi desgracia, yo amo la virtud.

—Pero Dios te ha privado de la felicidad.

—Y contra mi voluntad, contra mi constante deseo una fuerza sobrehumana me arrastra al mal; como si todos los elementos de la naturaleza, y de la sociedad se hubieran conjurado contra mí.

—Desecha penas. Esta noche tenemos baile.

—No me divierto.

—Cuando tantos te rinden su corazón; es por extremo criminal tu ingratitud.

—Nada dicen á mi corazón sus palabras.

—La riqueza de tus salones...

—Brilla á mis ojos con la palidez de la muerte.

—Los acentos de la música...

—Taladran mis oídos como agudos ayes de agudísimo dolor.

—Ay, Eugenia. No hay manera posible de su sufrir tu llorar, tu gemir.

—Déjame.

—No puede ser.

—Déjame, Eusebio.

—¿Te canso?

—Sí. Déjame un instante.

—En mal hora te conocí.

—Si dices tú eso ¿que no diré yo?

—Aun puedes quejarte; cuando soy tu esclavo.

—Vosotros, jóvenes, vosotros me enseñasteis á ser esclava de mis pasiones.

—¿Jesús! ¿Qué gazmoñería! Ni una monja se valiera de tales palabras. Ave María Purísima. ¿Qué escrupulos!

Y la remedaba Eusebio. La joven jamás resistía al ridículo, y después de oír estas frases, lanzó una carcajada, exclamando:

—Vamos, soy muy loca. Gocemos, gocemos: que para gozar nacimos.

—Gracias á Dios. Sonríete, Eugenia, sonríete con la esperanza del placer. El dolor desfigura y empaña el rostro. No conoces tus intereses, no los conoces.

—Sí, voy á preparar el baile.

—Yo la venganza.

—Convidaré infinidad de amigos.

—También yo para el teatro.

—Ay, Eusebio, yo quería desechar esa idea.

—No, no. ¡La venganza es la única satisfacción, que merece el dolor!

—La venganza... ¿Cúmplase!

—Voy á prepararla...

—Adios, Eusebio.

—Piensa en la venganza.

—Sí, sí, corre.

—Bendita seas: pues al fin conoces la razón.

CXLV.

Eusebio se dió á correr casi hácia la casa de Federico. En su camino encontró á uno de sus antiguos compañeros de glorias y fatigas que el paciente lector no habrá olvidado.

—¿Hola Ramon!

—¿Querido Eusebio!

Es de notar que como nuestro ex-diputado gastaba muchísimo en esta sazón, no habia perdido sus amigos.

—Te necesito.

—Sabes que estoy á tus órdenes.

—Has de organizar una silba espantosa, tremenda, como jamás se haya visto otra en el mundo.

CXLVI.

—Dame municiones, y yo daré la batalla.

—¿Cuanto dinero quieras te daré! y aun mas; porque va mi honor en esta empresa.

—Manos á la obra. Ya sabes que no me paro en barras. Cuando gustes, avísame.

—Advierte que ha de ser ruidosísima.

—Como dispuesta por tí; y aceptada por mí.

—Así es. Adios, Ramon.

—Adios, Eusebio.

Llegó por fin, á casa de Federico.

—¿Como por aquí V., querido?

—No he podido refrenar mi impaciencia.

—¿Pues qué sucede?

—Este drama es magnífico, es de primer orden.

—¿De veras?



La Baronesa.

—Jamás se ha visto cosa igual en Madrid.

—Me alegro.

—Honraria á Calderon.

—¿Con qué me dará muchas entradas?

—No sabré yo decirlo.

—Que me place.

—Sí, sí, Federico. Ponedle en escena lo mas pronto que sea posible.

—Seguiré vuestro consejo.

—Tened entendido que no os habeis de arrepentir.

—Jamás os habeis engañado.

—Y hoy menos que nunca.

—¿Tiene buen papel de galán?

—Sobrehumano.

—De suerte que será un refuerzo...

—Excelente.

—¿Es trágico?

—Digno de Racine.

—Y ya sabeis que lo trágico es mi fuerte.

—Imagino veros cubierto de laureles.

—Estoy loco de contento. ¡Y le recibí con tanto despego!

—Mal hicisteis.

—Diréle que vos...

—No, por Dios. Ya sabeis que os tengo prohibido que digais á nadie, absolutamente á nadie este favor, que por distraerme, os hago.

—Me habia olvidado. No lo haré. El contento me tiene vuelto el seso.

—Conque pronto; pronto, pronto, distribuido; y fiad en mí que no se habrá visto otro portento igual en nuestra escena.

CXLVII.

Al día siguiente Ernesto era admitido con transporte de alegría, en casa de Federico.

—Amigo mío, exclamaba. No sabré pintaros mi admiración.

—¡Oh! Os doy gracias.

—Es deber.

—No, es favor:

—¡Vuestro genio!

—El genio, el genio... No os burleis por Dios.

—¡Burlarme! Ni Calderon os iguala.

—¡Caballero! exclamó irritado Ernesto. Me insultais.

—No tal.

—Si, me insultais.

—Perdonad si he ofendido vuestra modestia. Sin falta alguna se pondrá en escena dentro de quince días.

—¡Oh! Sois mi salvador.

—No me lo agradezcáis á mí.

—¿A quien?

—Al joven de talento, cuyo nombre no puedo revelar, que ha conocido el genio.

CXLVIII.

¿Qué se ha hecho del arte? Desaparece aplastado por el fatal materialismo de la época. Ya no murmura en el arroyo la ondina, ya no suspiran en las hojas de los árboles las ninfas, ya en ondulaciones del aire no gimen las diosas; el sol de la razón, alumbrando los olímpos de todos los pueblos, ha desvanecido ilusiones, que doraban nuestra alma, y nos ha dado realidades, que amargan nuestra vida. En los hielos del polo no aparece ya Odino, coronado con las auroras boreales, y armado del rayo; en la cueva de Fingal no resuena el canto de Ossian, que las tempestades repetían; en los bosques de la antigua Germania han caído todas las aras consagradas al arte, convirtiéndose en doctas, y prosáicas academias; en las montañas de los Alpes coronadas de sempiterno hielo, y vestidas de inmortal verdura no brillan las hadas, que acariciaban en sus delirios á Manfredo; en España no se oye ni el cantar de los orientales, ni el suspirar de los cristianos. Todo ha desaparecido. Aquí una fábrica, allá un camino de hierro, acullá una ciudad; en todas partes el nefando materialismo ha secado las fuentes de la vida. ¡Oh! Qué felices eran nuestros padres, cuando al sonar el toque de ánimas, ponían la rodilla en tierra, los ojos en el cielo, y oían en el gemir del viento los quejidos de los seres adorados, que arrastró á la eternidad la muerte; y descubrían en el fuego fatuo, que atravesaba los campos un dulce reflejo de su espíritu, y en la frente de la Virgen alzada en poético altar, leían esperanzas de eterna felicidad; y en los apagados ojos de la imagen de Jesús moribundo vistumbaban el centelleo de la eterna verdad; y pasaban su vida en la esperanza, y se dormían con dulce sueño en el amoroso regazo de la muerte. ¡Qué felices!

CXLIX.

María y Antonio.

Nos hemos olvidado de nuestros jóvenes amigos. María, acompañada de su amiga Isabel, había separado su vivienda de la vivienda de Antonio. A pesar de los consejos de su padre, y del respeto, que las palabras de un moribundo le infundían; María conociendo su corazón, imposibilitado de todo amor, que no fuese el amor de Ernesto, había cedido en su propósito, aconsejando al joven que la amase con el amor de

un hermano. Antonio, acostumbrado á domar sus pasiones, exento de toda ambición, cultivaba aquel amor en su pecho, sin que jamás una queja saliese de sus labios; antes bien sonreía contento, ocultando sus dolores con sobrehumano poder. Sin embargo, un día entró en la estancia de María, con ademán muy triste.

—¿Qué traes? Antonio.

—Nada, no tengo nada.

—Estás pálido.

—¿De veras? No lo creas. Tu preocupación, tu cariño te hace descubrir palidez en mi semblante.

—Vamos, ¿dime qué te sucede?

—Nada. Lee ese periódico.

María leyó con avidez unas líneas, que el joven le designaba con el dedo, y lanzó un grito de júbilo.

—¿Te da contento!

—Deseo su felicidad: ¿iremos á ver su drama?

—No.

—¡Antonio!

—Tienes razón. Soy muy loco. No atiendas á mis palabras. Iremos.

—¡Oh! Deseo sus triunfos; á pesar de que hartas desgracias me ha traído su amor al arte.

—Amaba mas al arte que á tí, María.

—Sin duda.

—Se amaba mas á sí mismo.

—No, no.

—No te ilusiones con esos amores, que no son olvidado de toda ventura, y aspiración á todo sacrificio.

—¿Qué injusto eres!

—Te amaba Ernesto y prefería el sonar de la lira al acento de tu voz; te amaba, y quería mas el aplauso de las gentes que el eco de tus palabras; te amaba, y creía que lejos de tí podía encontrarse la felicidad; te amaba, y era osado á dejarte.... no, no te amaba, como aman los ángeles á Dios.

—Pero amaba el arte por mí; solo por mí. ¡Cuántas veces al tibio resplandor de la luna, asentados al pié de un árbol, que mecido por el viento dejaba caer sus flores sobre nuestra cabeza, como si fueran atraídas por el amor, cuántas veces me juraba que el día en que le faltara mi amor, la inspiración se apagaría en su mente.

—Y le ha faltado, María, y sin embargo el arte vive, á pesar de tu desamor.

—No, debe presentir que yo le amo, que su recuerdo vive eternamente en mi memoria.

—Amale, amale, dijo Antonio con tal acento de amargura, que María no pudo reprimir una lágrima; líquido diamante, que tributaba al dolor.

Antonio se apercibió de ello.

—¿Lloras? dijo. Lloras por mí. Soy feliz. Una lágrima tuya es para mi alma como gota de celeste rocío, que da nuevas aromas á su cáliz roído por el dolor.

—Cuán desgraciado te ha hecho el haberme conocido. Pluguiera á Dios que jamás nos hubiéramos encontrado en el mundo.

—Me has hecho gustar una felicidad, que yo creí negada á mi ser.

—¿Qué felicidad?

—La felicidad del dolor.... Hay un tormento superior á mi tormento, y consiste en la indiferencia, en el frío y desconsolador estoicismo. Cuando el alma padece esta horrible enfermedad, la naturaleza no tiene á nuestros ojos colores, ni el arte guarda para nuestro corazón armonías. Encerrada el alma en sí misma, no conoce cuanto de grande encierra la creación; ni presente cuanto de divino encierra el cielo. Pero, si padecemos, todo rumor es un quejido, todo murmullo un suspiro, todo cantar un lamento; y por medio de la compasión nos identificamos con todos los seres, y componemos la armonía universal, eterno lloro de lo finito, que aspira á perderse en el seno de Dios. Y si yo María, padezco, lo debo á tí; si lloro, eres tú la dulce lágrima, que se desprende de mis



RECOPEN A ERNESTO EN UNA BARCA.

ojos; si busco el bien, y huyo del mal, tu recuerdo me impulsa, y tu nombre me ilumina; porque tú eres, María, mi pensamiento y mi ser.

—Antonio; triste felicidad te reservaba esta infeliz mujer! Si tan solo conoces naturaleza, y Dios, por las revelaciones del dolor; si ese dolor, fuente de tu vida, emana de mí; triste, tristísimo destino me es dado realizar en tu existencia. Despertar un generoso espíritu á la vida, y despertarlo para darle solo del dolor conocimiento; es desgracia que nunca, nunca podré perdonarme.

—Padecer por tí es ventura.

—No es sino padecimiento.

—La vida en la indiferencia...

—Es vida.

—La vida en el dolor...

—Es muerte.

—Mal juzgas al dolor.

—Lo conozco demasiado para juzgarlo bien.

—¿No conoces la vida de las piedras?

—La imagino.

—¿No sabes que ver pasar un día, y otro día en el tiempo, un acontecimiento y otro acontecimiento en el mundo, una idea y otra idea en la conciencia, sin que ni el día, ni el acontecimiento, ni la idea dejen rastro ni huella en el alma, es una lenta y larguísima y estúpida agonía poderosa, solo á consumir la vida?

—Mas te valiera consumirla sin sentir que no agotarla, consumiéndola en estériles sentimientos.

—¿Y tú me dices eso!

—Antonio: no es dado al corazón vencer imposibles.

—Será crimen amarte.

—El crimen es que yo no te ame como tú me amas.

—Obedecer á las inspiraciones del alma es ley. No te culpa mi razón.

—Pero me culpará tu sentimiento.

—El sentimiento es ciego.

—Por lo mismo es mas doloroso atormentarlo.

—Así se purifica el alma, que necesita del crisol del dolor.

—¿Triste nombre, que pone luto en mi corazón!

—Es necesidad de nuestra naturaleza.

—¿Ingrata naturaleza!

—María. No reniegues de Dios.

—Es verdad... tienes... razón... estoy loca... Si pudiera sacarte de esa dura suerte; si pudiera mentir el corazón...

—No hablemos mas de esto, no hablemos mas. Eres mi hermana. ¿Qué otra cosa puedo anhelar? ¿Estás á mi lado? ¿Qué significaría el quejarme? seamos felices.

—¿Oh! que bueno eres, y María le alargó la mano que Antonio besó con sin igual efusión.

En esto entró apresurada Isabel.

—María. Ahí aguarda una hermosísima señorita, que desea verte á solas.

Antonio se retiró; y María recibió á la jóven.

CL.

—¿Eugenia!

—Eugenia, si, que os busca, María. Perdonadme, si me atrevo á veros, perdonadme; pero hay en mi corazón una atracción secreta, que me lleva á buscaros, á deciros cuánto padece mi alma; si es que no me odiais, como mis delitos merecen, como merecen los agravios que os he inferido.

—Desechad tales recuerdos. De mi memoria han huido. Yo os quiero mucho; ¿qué podría hacer sino quererlos, cuando sois tan desgraciada?

—¿Oh! María, vos compadeceis á los desgraciados, que el mundo abandona á su desgracia, vos sois el

cielo. Si viérais como padezco. Los días se suceden á los días, y el tiempo no me trae los consuelos, que yo esperaba del tiempo. Cuantos medios puede arbitrar el ingenio no han sido bastantes á darme el olvido, que ansiaba con afán mi corazón. La memoria siempre fija en un hombre...

—¿Qué decis?

—Me abandonó...

—Gracias, Dios mio, gracias, exclamó María, levantando al cielo los ojos.

—Os gozais en mi martirio, cruel. Y sin duda está aquí... quiero verle, María, quiero verle por compasión.

—¿Cuanto tiempo hace que no le veis?

—Desde el día fatal, en que salisteis de mi casa.

—Y yo no le veo desde el fatal día, en que abandonó nuestras playas.

—¿Oh! respiro. Gracias, Dios mio, gracias, dijo también con alborozo Eugenia.

—¿No sabéis de él nueva cierta?

—Nada sé; sino que va á poner en escena un drama: y quisiera evitarle una gran desgracia.

—Una desgracia... ¿Le amenaza una desgracia? Corramos, le buscaremos, vamos á salvarle. Pronto, pronto, á salvarle. ¡Ah! Se me parte el corazón.

—¿Como le ama! ¡Y él como la ama también! ¡Oh! No, no. Ahora son ambos libres, y si se encuentran... decía para sí Eugenia.

—¿Y vos debéis saber de él?

—Si supiera, no os lo preguntara.

—Encontrémosle. Quiero salvarle á toda costa. Sea para vos su amor, si el amor os lleva á salvarle. Sea para mí su desvío, pero salvémosle.

—Para nada os necesito ya.

—Como atormentais mi corazón. Decidme el peligro, que le amenaza.

—No puede ser.

—¿Eugenia, por caridad! dijo María, juntando suplicante sus manos.

—Queréis encontrarle para arrebatarme mi única esperanza, que es su amor; queréis haceros digna de su cariño, que perdisteis, mostrándole que veláis por su dicha. No sucederá tal cosa mientras aliente la vida en mi pecho. No. Yo me he interpuesto en el camino de su felicidad. No quiero que sea feliz, sino conmigo. Si con vos lo es, á toda costa causaré su desgracia. No ama quien no arde siempre en negros celos.

—Eugenia. El amor os pierde. Vos no amais en Ernesto á Ernesto, os amais á vos misma. Esa pasión que así desvaría, no es pasión; es horrible enfermedad del alma. Curaos de esos temores. Desvaneced con la virtud las cenizas de tan aviesos instintos. El amor, que anhelais, es un delirio, es la hora que arrebató el tiempo, es el suspiro que se lleva en sus ondulaciones el aire...

—Mi amor es fuego.

—Pero fuego del infierno.

—Es fuente de vida.

—Pero fuente cenagosa, é impura.

—Es sentimiento.

—Es instinto.

—Es idea.

—Es desvarío.

—Es amar.

—Es apetecer.

—¿María?

—Dueleos la verdad.

—Me insultais.

—¿Oh! Ya veis como vuestros propios sentimientos parecen insultos. Y lo son, si, son insultos hechos á la humanidad, insultos hechos á Dios.

Eugenia se cubrió el rostro con las manos.

—No, no lloreis. Perdonadme, si os ofendí, Eugenia. En el espíritu arde siempre la virtud, fuego sa-

grado, que es un reflejo del cielo. ¿Qué importa el amor de un día, si la esperanza nos promete amor eterno?

—Queréis humillarme con vuestra pureza, queréis que al veros resplandecer tan pura, me asuste de las tinieblas espesísimas, que cubren mi entendimiento, y mi corazón. Soy á vuestro lado lo que la deforme serpiente al pié de la inmaculada Virgen.

—No desvaríeis. Soy mujer, sujeta á todas las tristes condiciones de nuestra triste naturaleza.

—Y en verdad que es un remordimiento ver siempre delante de los ojos seres felices ornados con la diadema de la inocencia, alentados por la fe, mientras en mi pecho no hay inocencia, no hay fe; como si Dios hubiera retirado de mi corazón su aliento, de mi conciencia su luz.

—No os aflijáis, Eugenia. Unámonos para salvar al infeliz Ernesto. Unámonos, Eugenia. No os ciegue vuestro amor hasta el punto de perderle.

—Callad. La sentencia está ya dictada. No hay esperanza, no hay remedio.

—Me partís el pecho.

—Morirá para siempre su inspiración.

—¿Qué decís?

—Se desvanecerán todas sus ilusiones.

—¡Dios del cielo!!!

—Perderá todas sus esperanzas en el arte.

—¡En el arte, su última esperanza!

—Caerá hoja por hoja la corona de triunfos que imaginaba hallar en lo porvenir.

—No lo consienta Dios, que esas hojas arrebatadas por la fortuna á su frente, apagarían la vida en su pecho.

—María. No hay esperanza, no hay remedio.

—No quisiera comprender el pensamiento, que ocultan vuestras palabras.

—¿Qué entreveís?

—Entreveo una trama horrible.

—María. ¿Quién os advierte con tanto acierto?

—El amor.

—¡Le ama, y él la ama! sean ambos desgraciados.

—Si intentáis apagar la inspiración en su mente, Eugenia, intentáis un crimen. Mas os valiera clavar agudo puñal en sus entrañas. La inspiración es la presencia de Dios en su alma. Arrancadle esa última flor de sus esperanzas, y le habéis arrancado el alma. Apagad esa única estrella, que alumbraba su existencia, y habéis herido de muerte su corazón; muerte horrible, lenta, que consumirá poco á poco sus días, hasta que lo hunda en el sepulcro con la duda en el alma, y la maldición en los labios.

—Y yo te amaba, y apagué mi amor; era mi vida, y se apartó de mi lado, entregándose á segura muerte; era mi rehabilitación á los ojos de Dios, porque su presencia encendía en mi alma el fuego de la virtud, y me arrastró con su desamor al infierno; era mi espíritu, pues, apenas vivía yo para el mundo, y fue tal que no vió sino su venganza, y desencadenó en mi vida tempestades, que por horribles, me espantan, y por vergonzosas, me humillan. Y ahora queréis vos que yo insensata me preste á la misericordia. No, no. Que muera.

—No saldréis de aquí, no, sin revelar me el secreto de su infortunio.

—Será vano vuestro empeño.

—No os abandonaré ni un instante.

—Será inútil vuestra insistencia.

—Quiero salvarle.

—¿Y yo?

—Vos lo queréis también. A eso habéis venido.

—No. He venido á ver si era feliz á vuestro lado.

—Si lo hubierais hallado aquí...

—Se encendieran doblemente mis iras.

—Y yo, por verle feliz, daría mi vida.

—No le amais.

—No le amaré, si por amor entendeis el egoísmo.

—¿Por qué no deseais su ventura?

—Me ha perdido, y quiero perderle.

—Eso es venganza.

—Es amor.

—Amor que el cielo maldice.

—Bien, bien. Me va en eso bien poco. Bástame saber que le amais. Sé que él os ama. Si os encontrárais en la vida; ¡oh! me asesinaría el dolor. Buscadle, decidle, que me ame, que me idolatre, sino hoy le arranco la esperanza, y mañana le arrancaré la vida.

María dió un grito de horror, cayendo como herida de un rayo en el duro suelo. Eugenia abrió la puerta de la sala con precipitación, la de la casa con celeridad, bajó las escaleras con la ligereza del aire, subió á su coche, como el relámpago, y gritando: «A casa» se dió á llorar con desesperación indecible, pues eran á todo encarecimiento superiores las penas que corroían su pecho. La educación, alma del alma, había precipitado aquella mujer, desde la virtud, que debiera ser su asiento, al vicio, que era su fin. El amor pudo salvarla; pero el amor, por circunstancias que no necesito recordar, ahondó las llagas, abiertas en su corazón. Sociedad, educación, familia, amor, todos los sentimientos dulces, todas las ideas bienhechoras, se conjuraron contra su virtud, contra su pureza.

CLII.

Antonio, cansado de tan larga entrevista, abrió la puerta de la estancia pocos instantes después de haberse partido Eugenia. El joven espantado se arrojó á recoger del suelo á la pobre joven. Creyó en su espanto que estaba muerta.

—Isabel, Isabel...

La joven amiga de María entró precipitada, y sin aliento.

—¿Dónde está esa mujer? preguntó Antonio.

—Ha huido con tal presteza, que ni tiempo para saludarla me ha dado.

—María, María... gritaba Antonio, poniendo la temblorosa mano sobre su corazón.

—Palpita, palpita el corazón.

María exhaló un ¡ay! amarguísimo.

—¿Que te sucede María, que te sucede?

—Ha huido... ha huido... Ernesto... Ernesto, y prorumpió en amarguísimo llanto.

Aquellas dos exclamaciones partieron el corazón del pobre Antonio. En su rostro, en sus ojos, echábase de ver el fiero dolor, que le causaba aquel nombre, sombra de su dicha, obstáculo á sus aspiraciones.

—Es necesario, Antonio, buscar á Ernesto. La envidia, el amor agraviado van á herirle en lo mas profundo de su corazón. ¡Ay de él entonces!

Y su llorar crecía con las terribles imágenes que aterrador peligro pintaba en su mente.

—¿Pero á do hemos de buscarle?

—Antonio, por Dios, no descanses ni un punto. Hazlo por mí, por la desgraciada María.

Y sus ojos brillaban con el reflejo de amargo, acerbo dolor.

—Pero...

—También tú me desamas.

—¡Yo! Tienes razón. Te desamo, si, te desamo. Cuando los celos no me han asesinado es que te desamo.

—Calla, calla. ¡Todos desgraciados! No pienses en que es Ernesto; piensa solo en que es un joven desgraciado, sobre cuya cabeza van á caer á torrentes los dolores. Antonio, ¿tan cruel, tan empedernido serás que no me oigas?

—Tus consejos son mandatos. Iré á buscarle. No me daré punto de reposo, hasta que logre encontrarle.

—¡Bendito seas!

—¿Y qué he de advertirle?

—Adviértele que piensa la envidia silbar su drama.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi corazón.

—¡Bárbara, infame perfidia!

—Perfidia de Eugenia.

—De todo es capaz.

—Pues, Antonio, hazlo por mí.

—Corro, corro á salvarle.

—No sabes cuánto bien me haces.

—¿Qué feliz soy!

—De veras?

—Hacer tu dicha es mi dicha.

—Como eres tan bueno, ningún esfuerzo te costará librar á la inocencia de la perfidia.

—Antes siento un placer tan inefable.

—El placer del bien, que Dios inspira.

—Es cierto. Parece que hay mas luz en mi pupila, mas colores en la naturaleza.

—¡A luz de Dios es esa, que da á la virtud nuevos matices.

—Soy feliz. Y Antonio se lanzó presuroso fuera de la estancia.

Las pasiones encaminadas al bien son mensajeras de la bienaventuranza.

CLIII.

La ambición, inquieto ser dentro de nuestro propio ser, que nos lleva, mal de nuestro grado á tener en poco la vida, y en mucho el nombre, que dejar podamos en el punto de la muerte; suele con sus delirios embriagarnos de esperanzas, que el tiempo evapora en lo vacío. La ambición, que roba el sueño al cuerpo, la tranquilidad al espíritu, el entusiasmo al amor, la alegría al corazón, es como la fortuna, engañadora. En el punto en que nacemos, la muerte se aposenta dentro de nosotros mismos, y para devorarnos, levanta en el pecho todas esas pasiones, que se llevan en sus luchas pedazos de nuestro ser, átomos de nuestra inmortal sustancia. Así, cuando convierto los ojos á los que duermen el sueño de la estupidez, sin imaginar mundos superiores al mundo, en que vivimos, duélome involuntariamente de que Dios me haya dado la torpeza que se necesita para vivir, y morir olvidado; y el conocimiento bastante á dolerme de que me haya cabido tan poco talento en la repartición general, que Dios debe haber hecho á las criaturas de esa divina esencia de su divino ser.

Vivir como Linneo ó Newton, sorprendiendo recónditos secretos á nuestra ingrata madre la fecunda naturaleza, leyendo en libros de granito la historia de la tierra; componiendo de nuevo las esferas de los seres, como inmensa pirámide, en la mente; alzando el vuelo á buscar el invisible hilo de oro, que sostiene á los astros, en los infinitos espacios; descendiendo á encender la mente en el fuego sacro, que anima al globo, inmensa hornilla, do se forjan y funden los metales, y toman su jugo las plantas, vivir con la vida del pensamiento, y de la naturaleza, que es la vida de Dios; eso es vivir.

Pero vivir aquí, oyendo zumbir la murmuración, y silbar la envidia; aquí, donde se llama amor al galanteo, ambición el aspirar á diputado; sabiduría á la indigesta erudición de Revista, elocuencia al compasado hablar de un orador académico, virtud al no robar, honradez al cumplir con la epístola de san Pablo, consecuencia el adular á todos los que suben, y maldecir de todos los que caen; gobierno á la absurda dictadura, libertad á la oprobiosa servidumbre; progreso al hacer caminos de hierro, que según cuestan, pudieran ser de oro macizo; vivir aquí, do hasta el mismo mal es raquítico, es el mas grande de los

tormentos, el mas espantoso de los martirios, que pudiera imaginar en sus desvarios el hombre.

CLIII.

Antonio, llevado de su deseo de consolar á María, puso en juego todos cuantos medios le aconsejaba su razón, para dar con el paradero de Ernesto; pero fue vano su empeño, inútil su anhelo: que la providencia, cuando gusta de separar á dos seres, abre entre ellos profundos é insondables abismos. ¡Cuántas veces un minuto era parte á burlar los deseos del pobre joven, víctima de su abnegación, pues bebía desalado los vientos por encontrar un rival, que parecía no habitar en la tierra, según ocultaba su vivienda! ¡cuántas veces, leve sombra ó un mezquino objeto, entre ambos interpuesto, era causa de que se desesperase en sus continuas pesquisas, y desconociese cuan propicia suele á veces ser la casualidad, ese fenómeno, que los hombres conocen, y no explican! En fin ¿á qué tanto divagar? Antonio no pudo encontrar á Ernesto.

CLIV.

Era de noche. El teatro del Príncipe centelleaba lujo y alegría. Jamás me ha sido dado entrar en este teatro; sin conmovirme profundamente. Creo ver en las paredes dibujarse la sombra de nuestros gloriosísimos poetas. Me parece que oigo murmurar la lira de Lope tan fecunda como el primer canto, que Dios entonó sobre las borradas formas de la materia, esparcidas en el caos; llorar al inmortal Alarcon, como si cada una de sus lágrimas que caen sobre la conciencia humana cual dulces gotas de fresca lluvia sobre las amargas ondas de los mares, crease un pensamiento, perla escondida en la corona de la gloria; y reir á Tirso con aquella su sarcástica risa: pareceme que veo brillar la figura de Calderon; á sus piés naturaleza ofrece el inmenso torbellino de sus seres, para que los enlace con la cadena de oro de su divino pensamiento, y los transforme en hermosos relámpagos, emanaciones de la eterna belleza, confundidos en el crisol de su alta imaginación; sobre su frente ruedan en círculo infinito los ángeles, tejiendo coronas de estrellas, flores de oro, que nacen y mueren en el cielo cual si hubieran caído de la aureola del Eterno; y en sus ojos arde el sacratísimo fuego de la inspiración, de aquella inspiración, que daba nuevas formas á nuestros santos dogmas, nueva vida á nuestras gloriosas tradiciones.

Todo se ha perdido. Las artes españolas han muerto. Nuestro genio ha volado al cielo, y se ha dormido en el seno de la eternidad. Si, han colgado nuestros poetas su lira en el triste sauce del olvido. ¿Qué os hicisteis, de la infeliz España venerables padres, vosotros que apagásteis en las aguas de Lepanto el opaco brillo de la media luna; vosotros que en las campañas de Italia, despertásteis con el rumor de vuestras invencibles armas, á los héroes de la clásica antigüedad, que admiraron asombrados el noble arrojo, el soberano esfuerzo que hicisteis para librar de oprobioso yugo á Sicilia, hermosa neréida escondida en las azules ondas del sereno Mediterráneo; vosotros, que volásteis en alas de la victoria á las regiones del Africa, y allí á la sombra de gigantescas palmeras tejisteis nuevos laureles para nuestros divinos blasones; vosotros nos habéis abandonado, entregándonos á oprobiosa servidumbre, á tristísima y humillante decadencia? Mas dejémonos de divagar, y al asunto